

inútil, si no lográsemos hacer adoptar por todos los cristianos la imitación de Jesús y de María como base de su vida entera. Toda palabra, todo acto, todo esfuerzo, serán en vano, si el Salvador y su Madre no constituyen la línea de conducta que debemos seguir y el fin que debemos alcanzar.

Pero los más pequeños y débiles tienen la perspectiva de convertirse en santos, y esto sin mucho trabajo, con tal que no sigan otra vía que la que nuestro divino hermano y nuestra Madre nos han indicado con su ejemplo. Nuestra gran desgracia consiste en querer volar siempre demasiado alto, dirigir nuestras miradas sobrado lejos. Así es como, aun en nuestros esfuerzos para conquistar la virtud, alimentamos nuestro orgullo y nuestra desunión interior, y no logramos jamás constituir un todo perfecto.

La vida de Jesús y de María nos ofrece un remedio á este mal. Pero en la vida de María es donde está contenida del modo más evidente la verdad de la cual todo depende para nosotros.

Nada hay tan difícil de comprender para el hombre como que su grandeza no depende de cosas extraordinarias, sino de la práctica constante de virtudes y deberes ordinarios. El mismo gran Bobadilla, discípulo de San Ignacio, no quería dejarse convencer de esto por su maestro, y creía que era indigno de grandes espíritus, que se proponen cosas tan serias, ocuparse en bagatelas. Pero muy pronto pudo hacer, en sus subordinados, la experiencia de que el Santo tenía razón, y de que, al hacerle esta recomendación, no era efecto de estrechez de miras ni de mezquindad por su parte. ⁽¹⁾

Ahora bien, en el cielo, nada hay que pueda confirmar mejor la verdad de este principio como la Reina de los ángeles, la Madre de Dios.

Muy por encima está ella de todos los santos, de todos los coros angélicos. Siéntase á la derecha del Hijo de Dios en calidad de Reina, llevando un vestido de oro. ⁽²⁾ Y con

(1) Nieremberg, *Doctrina ascetica*, 3, 47.—(2) Psalm., XLIV, 10.

justicia, porque su santidad es la que más se acerca á la del mismo Dios.

Ahora bien, ¿por qué medio ha conseguido ella esta santidad? ¿Dónde leemos que haya hecho milagros, que haya realizado obras aterradoras de penitencia, acciones extraordinarias? Si fuese esto lo que constituye la santidad, se vería obligada á ceder el puesto á millares de otras criaturas, porque muchas le han superado en esto.

Pero entre todos los grandes, y los más grandes del reino del cielo, no hay uno, salvo su divino Hijo, que sea más grande que ella, desde este tan importante punto de vista, del que todo depende.

¡Curioso enigma! Ser grande en las grandes cosas, no es la grandeza más elevada. El más grande es precisamente el que es más grande en las cosas pequeñas. Y estos más grandes son únicamente en número de dos: Jesús y María. Muchos grandes hay en el cielo. Entre ellos, nadie más grande que Juan Bautista; y, sin embargo, el más pequeño en el reino del cielo es más grande que él. ⁽¹⁾ El más pequeño es Aquél que se ha humillado ante Dios, el que ha sido obediente hasta la muerte, y hasta la muerte en cruz, ⁽²⁾ el que se ha hecho gusano de la tierra, oprobio de los hombres y desecho del pueblo para salvarnos. ⁽³⁾

Y la más pequeña es Aquélla que, en el momento en que fué elevada á la dignidad de Madre de Dios y Reina de cielos y tierra, llamóse sierva del Señor, ⁽⁴⁾ la que jamás vió uno donde su Hijo era aprobado, pero que se mantuvo fielmente al lado de Él, cuando todo el mundo le maldecía, y cuando sus mismos discípulos le abandonaban.

6. Virtudes naturales de María.—¿Qué decir de sus virtudes naturales? Difícil es hablar de ellas, como, por otra parte, de todo lo que á María se refiere. ⁽⁵⁾ No con

(1) Matth., XI, 11.

(2) Phil., II, 8.

(3) Psalm., XXI, 7.

(4) Luc., I, 38.

(5) Bernard., *In assumpt. B. Virg.*, 4, 1, 5.

falsas alabanzas se honra á su incomparable sublimidad, ⁽¹⁾ y nuestro espíritu es sobrado débil y nuestra lengua demasiado imperfecta para descubrir la verdad sobre ella y para proclamarla.

Hablemos, pues, en términos tan sencillos y tan modestos como posible sea. Por lo menos, es ya esto una virtud que poseía ya ella en alto grado, la sencillez.

Pero si ella no hubiese poseído esta virtud, tampoco hubiese poseído todas las demás, ni ninguna de ellas por completo y del modo más perfecto.

Al pie de la cruz fué donde mostró ella toda la fortaleza de que era capaz. Descríbenosla en este momento el Evangelio en términos de sencillez, de dignidad y de sublimidad verdaderamente admirables. Estaba ella de pie, sí, de pie; pero su corazón estaba traspasado de siete espadas.

Su vida silenciosa, pobre, humilde, sin pretensiones, es la prueba de su dominio personal y de su prudente conducta cuando fué visitada por el ángel. Inútil hablar de su justicia, puesto que su caridad superaba por modo incomparable todos los deberes que le imponía esta virtud.

«No importunaba á nadie, y respetaba á los más humildes. Siempre que veía sufrir á uno en su cuerpo ó en su corazón, ayudábale á soportar su desgracia, y le compadecía sinceramente. Era tan pura, tan buena, tan reservada en palabras, que jamás oyó nadie un solo término que hubiera podido ofender á un cordero ó escandalizar á un niño. De pie ó sentada, aparecía llena de dignidad en su continente; en sus ojos brillaba la más dulce alegría; en toda su conducta se reflejaba la belleza de su alma». ⁽²⁾

Tal era María. En lo interior como en lo exterior, todo era en ella perfecto, todo mesurado, todo igual. El maravilloso equilibrio de todas sus facultades superaba de

(1) Bernard., *Ep.* 174, 2.

(2) Br. Philipps des Kartäusers, *Marienleben*, 640 y sig., 617 y sig., 656 y sig., 880 y sig.

mucho la armonía con que Adán y Eva inocentes transfiguraban el Paraíso. Cada uno de sus sentidos obedecía á la voluntad, la voluntad á la inteligencia, la inteligencia á las inspiraciones y á la ley de Dios. Á la menor señal de su conciencia, los pequeños deseos de Dios eran cumplidos de la manera más perfecta.

¡Qué modestia y que recato en su conducta! Sus ojos, su boca, sus gestos, su continente, su tono de voz, predicaban dulzura, paz, recogimiento, caridad. Nada en ella afectado, calculado, disimulado. Su aire noble, grave y amable inspiraba á la vez admiración y respeto. Era graciosa sin provocación, digna sin rudeza, imponente y dulce. Sus vestidos eran siempre limpios y elegantes, aunque de sencillez extrema.

En tiempo oportuno hacía siempre sus quehaceres, nunca con precipitación ni sobreexcitación. Jamás dejaba para mañana lo que podía hacer hoy. Entregábase por completo á lo que hacía, y, sin embargo, era toda de Dios. Lo que hacía, bien hecho estaba, y nadie tenía necesidad de volver á hacerlo. El que la encargaba de algo, seguro podía estar de que lo haría convenientemente. Quien le confiaba un secreto, podía mostrarse tranquilo: estaba bien guardado. Nadie le reprochó jamás ser demasiado solícita, ciega, distraída, olvidadiza. No tenía necesidad de rectificar ninguno de sus actos, ni de retirar ó explicar ninguna de sus palabras.

Para ella, nada era demasiado pequeño, bajo, difícil. Nada ocurría por modo inesperado ó importuno. Vivía en Aquél que todo lo tiene en sus manos. No daba entrada en su espíritu á ningún pensamiento que no estuviese conforme con la voluntad de Aquél que conoce todos los proyectos y todos los obstáculos. Su voluntad jamás fué distinta de la voluntad de Aquél que es dueño de todas las cosas. De aquí que nada dificultase sus designios; de aquí que no perdiese jamás el recogimiento ni la calma; de aquí que aun en los asuntos más enojosos, diese pruebas de voluntad.

Nadie la vió desconcertada, descorazonada, abatida.

Jamás le oyeron quejarse sus ángeles. Jamás se fatigó hasta el punto de rehusar nuevo trabajo, cuando la caridad y el deber lo reclamaban; nunca fué tan pobre que nada tuviese que dar.

Jamás estaba ociosa, y, sin embargo, tenía siempre tiempo para consolar la miseria ajena y acudir en auxilio del prójimo. Jamás ofendió á nadie; jamás rechazó una plegaria cuando se le dirigía en nombre de Dios.

Nadie leyó jamás un reproche en su mirada, nadie la vió jamás con aire triste, ni recibió jamás áspera respuesta. Pertenece á todos aquellos á quienes Dios pertenece: á los pecadores, á los desgraciados, á los piadosos.

Nadie vió jamás en ella desaliento, inconstancia, agotamiento ni cansancio, ni siquiera el feliz cambio de lo bueno en mejor. El único cambio que pudo comprobarse en ella, fué el desarrollo siempre igual de la arrebatadora plenitud de su virtud.

«¡Ah!—dice un alma piadosa—¿Quién podrá jamás escrutar la belleza, la pureza, la santidad de María? Todo lo sabe, y, no obstante, todo lo ignora, hasta el punto de que sus sentimientos son los de un niño. Baja los ojos, pero aquél sobre el cual los fija queda traspasado por su mirada como por un rayo luminoso, como por la verdad. Y precisamente ocurre esto, porque ella es la misma inocencia, porque está llena de Dios y se olvida de sí misma. Nadie puede soportar sus miradas». ⁽¹⁾

7. Plenitud de las gracias sobrenaturales dadas á María, para realizar la más completa copia de Jesucristo.—En lo referente á sus virtudes sobrenaturales, todo queda dicho con esto: Jamás el cielo y la tierra vieron copia tan perfecta del original; jamás una madre se ha asemejado tan fielmente á su hijo.

Trabajó ella en esto de concierto con el Padre, con el Hijo y con el Espíritu Santo, que escogió su alma como el templo más perfecto y como receptáculo de sus dones más elevados.

(1) Schmöger, *Anna Kath. Emmerich*, (2) II, 187.

«Al crear á la santa Virgen,—dice la bienaventurada María de Agreda—obraba Dios como un artista que ha hecho ya muchas obras maestras, verdad es, pero que quiere hacer una destinada á servir de modelo á los maestros futuros.

»La gracia y la santidad de los otros santos son igualmente obra de Dios; pero, con relación á la grandeza de María, son como el enebro con relación al cedro. Comparados con ella, todos los santos tienen debilidades, como manchas tiene igualmente el sol. Únicamente ella está exenta de mancha.

»María es el resumen y la suma de todas las perfecciones que se hayan encontrado jamás en los santos. Es ella el más alto grado á que puede elevarse el amor de Dios en una simple criatura. Las innumerables diferencias que existen entre los santos proclaman ya la grandeza del Artista que las ha creado; y los menores de entre ellos son como las pequeñas estrellas, que contribuyen á hacer más brillantes á las grandes. Pero todos juntos veneran á la más pura de las vírgenes, á la que es sin mancha, á Aquélla cuyo esplendor hace que palidezca todo, y que, en cambio, los regocija con su aspecto, y los transfigura con los rayos que derrama sobre ellos. Porque, con su ejemplo, y con el poder que se le ha dado, distribuye las gracias á todos, convirtiéndose así en instrumento de Dios para santificación y glorificación de los suyos». ⁽¹⁾

Ahora bien, el fin para el cual Dios le ha comunicado estos dones espirituales, es el mismo que persigue al distribuirlos á sus elegidos.

Con la gracia, Dios no hace más que poner en el alma la base de la vida sobrenatural, porque la ha destinado desde luego á convertirse en imagen de su Hijo. ⁽²⁾

Este mismo fin es el que ha perseguido en María. En ella ha querido realizar del modo más completo la imagen de su Único Hijo. La santidad consiste en la conformidad

(1) María de Agreda, *Myst. civitas*, II, n. 776, 777.

(2) Rom., VIII, 29.

con el Hijo de Dios. La santidad es proporcionada á la semejanza con Jesucristo. Da á la más grande de todas las criaturas el más elevado grado de gracia, tales han sido de toda eternidad los designios de Dios.

Por la misma razón, túvola el mismo Hijo de Dios durante treinta años en su escuela, y se esforzó en hacer pasar á ella su propia imagen hasta el grado más elevado.

8. Perfección sobrenatural de María.—Pero ella también trabajó por su parte para adquirir la perfección, con asiduidad, fidelidad y constancia, en relación con sus dones.

En todas sus acciones, sufrimientos y sacrificios era la perfección el único objeto que se proponía; ésta fué la que la hizo franquear todas las vías, todos los grados, todas las prácticas de la perfección, en cuanto es capaz de hacerlo una criatura con ayuda de la gracia.

No pudo recorrer la vía purgativa, pues en ella jamás entró nada impuro, ya que era sin mancha y pura desde el primer momento de su existencia.

No obstante, sometióse ella, no sólo exteriormente á la ley de la purificación, como toda otra mujer, sino que practicó también todas las virtudes y obras propias de esta vía, y por modo tan concienzudo, que jamás nadie, para quien esto era necesario, ha podido igualarla desde este punto de vista.

¿Quién más que ella dominó sus sentidos, vigiló sus ojos y domó su lengua? ¿Quién evitó con más prudencia todo peligro, amó mejor el retiro y practicó mejor el silencio? ¿Quién veló más seriamente sobre sus inclinaciones, desconfió más del egoísmo, procuró prevenir más todo movimiento de las pasiones, las cuales, sin embargo, tan perfectamente ordenadas estaban en ella? ¿En quién la mortificación fué más constante, más puro el temor de Dios, más habitual el dominio personal, y más admirable el desprendimiento de todas las criaturas?

Con la misma constancia marchó por la vía iluminativa.

Sin duda que podría uno creer que un alma tan iluminada por los rayos de la divina gracia como era la de María, que un alma que ocultaba al mismo Sol en su interior, no podría elevarse á una luz mayor. Pero la ley del progreso es tan universal, que la misma Reina de los Ángeles fué sometida á ella, y nadie la observó por modo más perfecto que ella.

Más todavía que en las santas, fué su vida una lucha continua entre la generosidad y la gracia.

Jamás en su alma cayó la semilla divina sobre suelo duro y pedregoso; jamás cayó al lado del campo, en el camino, lo que quizás no sea imposible decir de ningún santo. En ella, todo esto era perfecta verdad. Á este fin, abrióle Dios cada día nuevos tesoros de gracia, de las cuales á su vez usaba ella fielmente.

Pero si reflexiona uno en la insignificancia de las penas que se experimentan en una vida larguísima, en comparación de un solo momento en que uno no se opone á la acción de la gracia en sí, ¿cómo representarse como demasiado grande el crecimiento de María en la virtud? Desde su nacimiento, era ya llena de gracia, como jamás lo estuvo criatura alguna, y durante su vida entera aumentaron estos dones en proporciones increíbles.

¡Qué espectáculo para Dios y los ángeles!

El mismo Jesucristo dijo á Santa Brígida: «María, mi Madre, superó á todos los santos en virtud. Aunque los ángeles sean purísimos, era todavía más pura que ellos. Los profetas estaban llenos del Espíritu Santo, los mártires soportaron terribles sufrimientos, pero el fuego divino brillaba en ella con mayor ardor aún, y le daba más fuerzas para sufrir que á todos ellos. Los confesores practicaron la austeridad en todo, pero en ella fué la austeridad mucho más grande que en cualquiera de ellos». ⁽¹⁾

Ella testificó á Dios la fe más viva; su esperanza triunfó de la prueba á que sucumbió el mismo San Pedro. Y como su corazón, su inteligencia y su voluntad realizaban

(1) Birgitta, *Revelat.*, 4, 92.

prontamente en toda su extensión, el precepto de la caridad para con Dios. De tal modo estaba inundada del amor divino, que consideraba como nulas todas las sabidurías del mundo, y prefería el servicio de Dios á todas las bellezas y honores de la tierra.

No realizaba con tibieza ninguna buena obra, y las ejecutaba todas con la intención más pura, únicamente por amor á Dios.

Su oración era tan ininterrumpida, como silencioso y asiduo su trabajo. El uno no era obstáculo á la otra, antes bien el uno sacaba de la otra fuerza y alimento.

Tal dominación ejercía sobre sí misma, y de tal modo vivía en la presencia continua de Dios, que ni en el sueño la perdía un instante. ⁽¹⁾

En lo relativo á su unión con Dios, necesitaríamos su perfección, ó por lo menos el lenguaje de un ángel, para hablar de ella convenientemente.

En medio de todas sus ocupaciones,—¿y quién las puede tener más enojosas y mezquinas que ella que era dueña de un menaje tan pobre?—no perdía jamás el recogimiento; siempre oraba, siempre meditaba.

Todas las criaturas, todos los trabajos, todos los sufrimientos eran para ella medio de elevarse hacia el cielo, carro de fuego en el cual se elevaba hacia Dios.

No se adhería á los dones inmensos de Dios en mayor proporción que una gota de agua se adhiere á la nieve.

Sólo Dios constituía su pensamiento, su amor. Dispuesta estaba á sacrificarlo todo por Él, aun el honor de la maternidad divina. Jamás se ha desarrollado tan perfectamente en el alma la libertad de espíritu como en la suya. En las aflicciones, en las calumnias, en la obediencia, en el menosprecio, conservaba la misma igualdad de alma que en los consuelos y en los honores.

Su vida entera fué un sacrificio continuo de adoración á Dios, de plegarias y expiaciones por el mundo. Ninguna lengua podría describir la solicitud con que se sometió á

(1) Birgitta, *Sermo angel.*, 13.

la voluntad de Dios, ni las delicias que le causaba todo lo que sabía que le era agradable.

Cuanto más grandes dones encontraba en ella, con más solicitud, en su gratitud, servía á Dios.

Para aumentar el honor de Dios, hubiera sufrido con gusto todas las aflicciones de la tierra.

Cuando podía alegrar á Dios ó á los hombres, con el amor de Dios, con la práctica de la más penosa virtud, no encontraba ningún sacrificio demasiado grande. Lo que Dios quería, quería ella también.

Cuando ella pensaba, decía ó quería alguna cosa, seguro estaba el mundo de que ni una revelación divina hubiera podido ofrecer mayor garantía de que era aquél el intenso deseo de Dios y la expresión de su santa voluntad. ⁽¹⁾

9. Gran enseñanza que nos ofrece la vida humilde de María.—¡Ah, cuánta razón teníamos en decir que, en la vida cristiana, todo depende del conocimiento y de la imitación de Jesús y de María!

En toda esta vida de María, ¿hay alguna cosa que no pueda ser imitada?

Si se trata de la imitación perfecta, lo concedemos; pero si se trata de la imitación en la medida de lo posible y según nuestras fuerzas, ¿qué hay que no esté á nuestro alcance? Pues bien, Dios, como padre común de todos los hombres, les ha dado á todos la misma herencia en perspectiva, á condición de que hagan todos los esfuerzos para obtenerla, como Él, por su parte, está dispuesto á dársela, si de ella se hacen dignos.

Para cada uno, lo importante es «que se le haya encontrado fiel». ⁽²⁾ Poco importa que posea uno grandes dones en materia de ciencia, de energía, de arte, y que dé con la ocasión de hacer uso de estas facultades; lo preciso es una caridad mayor, una generosidad más ardiente para servir á Dios y trabajar en los intereses de su alma. Ahora bien,

(1) Birgitta, *Sermo angel.*, 14.

(2) I Cor., IV, 2.